

## RIPIOS VULGARES

---

### I

*Ille ego qui quondam...*

Sí; yo soy aquel que en otro tiempo no muy lejano todavía, pero algo menos infeliz que el presente, porque al fin no mandaba Cánovas, ni Fabié nos había resultado ministro, saqué á relucir los ripios de los condes y marqueses que los tenían.

Yo soy aquel que en otro tiempo algo más próximo, pero no menos desdichado, apunté y celebré los ripios de los académicos más pro-sáicos y principales, desde Marcelino hasta Catalina, pasando por los alrededores de Cañe-te, *Ille ego qui quondam...*, etc.

*... At nunc horrentia Canova.*

Y ahora voy á seguir descubriendo y comentando los ripios de los poetas vulgares,

como Grilo y Cánovas, igualmente Antonios é igualmente malos poetas.

Digo, tanto como igualmente, no; porque Cánovas, por esa soberbia que le distingue y ese maldito afán de querer aventajarse á todos y ser en todo el número uno, también es el número uno de los malos poetas, y también como mal poeta deja atrás, no solamente á Grilo, sino á Cano y aún á Velarde.

¡Y cuidado que para ser más mal poeta que Velarde y Cano, se necesita estudiar... ó no haber estudiado una palabra!

Pero no hay que darle vueltas. Para don Antonio no hay imposibles.

Tiene don Antonio Cánovás... ya saben ustedes que la traducción castellana de este apellido italiano es *Bodegas*... Tiene don Antonio *Bodegas* una oda á *Italia subyugada*, que... bien se conoce que estaba subyugada Italia cuando don Antonio la disparó la oda, porque de otro modo no se la hubiera sufrido.

Como que á las primeras de cambio ó á las segundas, la dice:

«Tente, nacion caída...»

—¡Hombre!—dirán ustedes, como dije yo también.—¡Hombre, ó mónstruo, ó presidente! Si está caída ¿cómo se ha de tener?

Eso parece una ironía.

O á lo menos, por tal la tomará usted, de seguro, el día en que caiga usted del poder (y Dios quiera que sea pronto), si después de caído y cuando haya formado ya nuevo ministerio don Praxedes, le dice á usted algun chusco ó algun mal poeta: ¡tente, Antonio caída!

Y continuaba el mónstruo en ciernes:

«Tente, nacion caída,

Que en vano á tu señor muerdes las plantas...»

¡Qué atrocidad, don Antonio! ó, si usted quiere, ¡qué monstruosidad!

Morder las plantas...

Se había visto mucho lo de lamerlas, especialmente desde que impera el liberalismo y se reparten en el ministerio de la Gobernación las actas de diputado.

Pero lo que es eso de morderlas, no se había visto.

Y si realmente hubiera una nacion que mordiera á su señor las plantas, ó cualquier otro detalle inferior, más bien que una nacion caída, sería una nacion rabiosa.

Por el estilo del gremio conservador, que estaba ya del todo poseído de la rabia en los últimos meses que pasó fuera del presupuesto.

Pero ¿qué idea tendrá este don Antonio de las naciones? En lugar de pintarlas viviendo en paz bajo el reinado de la justicia ó sacu-

diendo virilmente yugos de tiranos, las pinta ocupadas en la innoble y odiosa tarea de morder los pies á sus dueños.

¡Ya, ya!

¡Y este hombre se ha dicho partidario de la soberanía nacional, y debe su celebridad y su fortuna á una mala soflama (el manifiesto de Manzanares) en que proclamaba la soberanía nacional!...

Es decir, la soberanía del mordisco; pues para el señor Cánovas, por lo que se ve, no es otra cosa.

Y sigue don Antonio mordiendo á Italia de esta manera:

«¿Por qué *para vencida*  
Del polvo te levantas,  
En que tu raza duerme esclarecida?»

¿Que por qué?... Pues no se lo podemos decir á usted, porque no hemos entendido lo que quiere decir aquello de *para vencida*.

Otro trago para la pobre Italia *para vencida* y para los lectores:

«Arroja ya el acero,  
Que el brazo *tardo* á la contienda *honrosa*  
Llevar debe primero  
*Fresca* guirnalda *hermosa*  
(*cuánto epíleto, cuánto y cuánta osa!*)  
De jazmines y mirto al extranjero.»

Me parece que convendrá usted conmigo, señor don Antonio, ó por lo menos convendría usted, si su calidad de Presidente le dejara, en que esa estrofa es mala del todo.

Vale Dios que todas son así.

A excepcion de algunas que son peores, como la siguiente:

«Para su dicha flores  
Te ofrecen *amorosos los veranos*».

¡Hombre! ¿Flores los veranos? ¿Qué nos cuenta usted? Los veranos, señor don Antonio, aunque sean *amorosos*, que no lo suelen ser, en lugar de ofrecer flores, lo que hacen es marchitarlas, secarlas, en una palabra, echarlas á perder... lo mismo que hace usted con la poesía.

¿O se le figura á usted que por ser presidente del Consejo y mónstruo tiene usted poder para cambiar las estaciones?

Pues no, señor, no; eso no.

¿Le parecía á usted que era tan fácil hacer primavera del verano como hacer de un Escobar un marqués, ó de un Vallejo un conde?

¡Vaya, que los veranos ofreciendo flores!...

A más de que no se sabe tampoco de quién es la dicha.

Pasemos por encima de otra estrofa en la que don Antonio quiere dar á entender que

los poetas como Petrarca y las hermosas como Laura son unas hierbas de poco más ó menos, que se crían en los barbechos como los diputados conservadores.

Y despues:

«Hélo, cansado llega  
De herir tus lares y violar tus hijas...»

¡Don Antonio!

¿Y quién es ese Hélo tan feroz que se cansa en esas fechorías tan feas?

¿Que es el extranjero?... Pero, hombre, ¿quién se acordaba ya de él? Como se había quedado tres leguas ó tres estrofas más atras, ya no contábamos con él por aquí.

Ni hacía falta. Lo que es para venir así *hiriendo los lares...* ¿Y cómo se hieren los lares, don Antonio, si se puede saber?... Que no se podrá regularmente... Pero, Hélo...

«Hélo, cansado llega  
De herir tus lares y violar tus hijas;  
Ni las esposas niega...»

¡Qué monstruosidad!, vuelvo á repetir.

¿Y qué quiere usted decir con eso de que *ni las esposas niega*, señor don Antonio? ¿Que tambien viola las esposas?

Y, como decía don Juan Nicasio, ¿por qué no lo ha dicho usted, hombre?

¡Mire usted que pretender que se traduzca la frase «ni las esposas niega» por la de «tambien viola las esposas» es pretender!

Si hubiera usted dicho «ni niega la cara á las esposas» podía pasar. La estrofa, de todos modos sería mala, porque el pensamiento es sucio y feo, y ademas está expresado sin arte ni cultura.

Pero, en fin, á lo menos la frase «ni niega la cara á las esposas», aunque demasiado vulgar, como usted, significa eso que usted quería decir con aquella otra de «ni las esposas niega».

Y ya que he dicho que es usted vulgar, aprovecho la ocasion para advertir que por eso precisamente he querido dedicarle á usted el primer artículo de los RIPIOS VULGARES, á pesar de haberle dedicado ya otros cuatro en los RIPIOS ACADÉMICOS.

Por eso, y porque tiene usted tal abundancia de ripios, que no se agotan ni aún considerándole á usted bajo todos los aspectos posibles.

Aparte de que, gustándole á usted tanto ser el primero en todas partes, séalo usted tambien en este libro.

Porque no quita lo académico á lo vulgar, como tampoco quita lo vulgar á lo académico.

Y vamos adelante con la estrofa de las he-

ridas de los lares y de las violaciones, porque todavía tiene más disparates:

«Hélo, cansado llega  
De herir tus lares y violar tus hijas;  
*Ni las esposas niega:*  
Mállele con *prolijas...*»

Y qué vienen á ser esas *prolijas* que sirven de mullida?

¿Especie de hojas de maíz, como suelen decir ustedes los académicos?

¡Quiá! Esas *prolijas* no son hojas, ni hierbas, ni flores, sino consonantes de hijas. Son un adjetivo, sin sustantivo hasta el verso siguiente que dice:

«Manos el lecho á tus afrentas ciega.»

Es decir, que las *prolijas* son manos; de modo que el adjetivo estará mal colocado, pero en cambio también está mal aplicado. Porque manos *prolijas...* como no se diga por alusión á las uñas de los conservadores liberales, que, especialmente cuando están empleados, se las suelen dejar crecer mucho...

Y toda la oda de don Antonio es así; no quiero decir como las uñas de los conservadores, aunque también las parece en lo larga, sino así mala, como la estrofa de *Hélo*.

Lo que hay es que por lo mismo que es tan

larga, ó tan *prolija*, si don Antonio quiere, no se pueden analizar en un solo artículo todas las estrofas.

Así es que, saltando sobre muchas muy malas, tan malas como buenas son las del modelo que don Antonio se propuso imitar ó superar, que fué la oda de Zorrilla *A Roma*, sucediéndole lo que al cuervo que por haber visto á una águila volar con un cordero entre las uñas, quiso él volar con un carnero, y quedó enredado en la lana; saltando, digo, sobre muchas, se llega á una en que don Antonio acaba de fastidiar á Italia diciéndola:

«¡Y yo, Italia, te amaba!...»

¡Pobre Italia!

Pero verás por qué te amaba don Antonio:

«Virgen imaginando  
Que del de Urbino fueras como aquella  
Que amó el Petrarca *blando.....*»

¡Cuánta simpleza, don Antonio! Y perdone usted; pero es una exclamación que se le escapa á cualquiera.

¿El Petrarca *blando*?

¿Usted cree que se puede hacer duras ó blandas á las personas, según lo pida el consonante?

Lo digo porque en otra ocasion, tambien por la fuerza del consonante, dijo usted:

«Pecamos, mi Señor, pecamos *duros...*»

Como si se pudiera igualmente pecar pesetas ó pecar perros chicos.

¡El Petrarca *blando!*

¡Qué don Antonio éste tan blando, ó tan duro, segun los casos!

A más de que el Petrarca *blando*, como usted le llama, señor don Antonio, no amó á ninguna vírgen *que del de Urbino fuera*: amó á Laura, que ni era vírgen, ni era del de Urbino; y por consiguiente, eso de *que del de Urbino fueras como aquélla*, es otro ripio. Es decir, que toda la estrofa es un puro ripio, hasta la conclusion, que dice:

«¡Oh de las *bellas, bella*  
Que *Bellini* inmortal murió cantando!»

¡Hombre! ¡Qué juegucitos tan cursis de palabras sabía usted hacer ya antes de ser Presidente del Consejo!

¡Oh! de las *bellas bella* que *Bellini...*

¿Se convence usted de que no tiene usted ni pizca de buen gusto, y de que es usted tan mal escritor como mal gobernante?

¡Vaya que un hombre que escribe müllele con *prolijas!*...

Y no vale decir que todas esas cosas son tonterías de muchacho; porque aunque es verdad que usted las escribió el año 49 cuando no había pasado de los veinticinco años, ni de gacetillero de un periódico progresista, tambien es verdad que usted mismo las ha reproducido en la edicion corregida de sus malas obras, el año 68, despues de haber sido ministro de Ultramar, y de la Gobernacion y todo.

De suerte que todo eso del Petrarca *blando*, y de las *bellas bella* que *Bellini*, y de mullir con *prolijas*, se conoce que es el gusto de usted en la edad madura y ministerial á que ha llegado.

Despues, tambien tiene usted versos tan *sua-*  
*ves* como éste:

«Contigo en *hierro á redimir armada*»,

y estrofas como éstas:

«Y aún ver pensé *ya en duelo*  
Al extranjero huir de tus legiones;  
Y descender del cielo,  
*Ya* sobre tus pendones,  
Al águila romúlea *en fijo vuelo*».

En fijo vuelo... en duelo... en hierro... en calzoncillos.

Y luego los dos *yas*. ¡Ya, ya!

«¡Sueño no más! Tus ojos  
Lágrimas cubren de terror y mengua,  
Y tu frente sonrojos:  
*¡Y tan sólo á mi lengua  
Ofrece el alma, por tu amor, enojos!*

¡Ave María Purísima!  
¿Pero qué habrá querido decir don Antonio  
en estos dos últimos versos?  
¡Vayan ustedes á averiguar!  
¡Ofrecer enojos tan sólo á la lengua, ú ofre-  
cer á la lengua tan sólo enojos, y ofrecérselos  
el alma... y todo *por tu amor!*...  
Por el amor de Dios, don Antonio, no ofrez-  
ca usted tales enojos á la poesía.  
Ni á los lectores.

Lo estaba yo viendo...  
¡Si no podía menos de suceder! Y lo que no  
puede menos de suceder..., es claro, sucede  
más tarde ó más temprano, pero nunca muy  
tarde.  
Por lo demas, como dicen algunos sin haber  
dicho nada todavía, la catástrofe no ha podido  
cogerme de susto, porque la esperaba.  
Conozco demasiado á ciertas personas, y hay  
cosas que se ven venir.  
Y ¿qué se ha hecho, pregunto yo, qué se ha  
hecho de nuestra fama de nobles, hospitala-  
rios, hidalgos, leales, generosos?...  
Apenas el príncipe heredero de Prusia ha  
puesto los pies en Madrid, ha sido objeto de un  
atentado.

Literario, eso sí, pero cruel, á mansalva, so-  
bre seguro, con poca premeditacion, pero no  
sin alevosía.

El entusiasmo alemanil de los conservado-  
res y neo-católicos, ó mestizos, ha estallado  
al fin en un soneto explosivo de don Fernando  
de Gabriel y Ruiz de Apodaca, cuatro nom-

bres distintos y ningun poeta verdadero, como verán ustedes.

La complicidad que resulta de acoger el cuerpo del delito, pesa sobre *La Época*, diario conservador y reo de otros muchísimos pecados.

No sé yo si el señor don Fernando de Gabriel, etc., es académico de la Española; sé que merece serlo, y lo será un día ú otro irremisiblemente, porque escribe tan mal, por lo menos, como cualquier académico de la lengua; y no digo peor porque no cabe.

Pero, en fin, ello es que hay gentes, ó poetas de éstos de ocasion, que son capaces de estarse, y se están en efecto, meses y años acechando como los cazadores á ver si pasa algo á qué tirar, y en cuanto divisan una pieza cualquiera, aunque sea príncipe extranjero, no pueden contenerse; tiran del gatillo de su presuncion, y ¡zas!, carabinazo, es decir, soneto.

Porque, generalmente, todos estos cazadores de aficion, para que sea mayor el estrago, suelen cargar el arma con soneto, que viene á ser el perdigon lobero de la baja literatura.

El último disparo del señor de Gabriel dice así:

«AL PRÍNCIPE IMPERIAL DE ALEMANIA

EN SU VISITA Á LA CORTE DE ESPAÑA».

Dos endecasílabos, al poco más ó menos, y en realidad de verdad, no mucho peores que los del cuerpo del delito.

Digo, del soneto. Que dicen:

«SONETO».

Bueno es que el autor lo advierta, porque de otro modo casi nadie lo conocería.

En fin...

«SONETO».

»Príncipe, bien venido...»

¡Miren ustedes qué llano, y qué campechano, y qué anti-poético es el principio! Pero ¿quién le habrá dicho al señor Ruiz que esto es poesía? ¿El conde de Cheste, ó don Aureliano?

Cualquiera, y adelante:

«Príncipe, bien venido»:

Dos puntos...

Y sigue:

«Príncipe, bien venido: te saluda

Hoy por *mi labio* la gloriosa España...»

Vamos, por lo visto, los saludos de este señor son lo mismo que los besos del marques de Valmar, con un labio solo. Hasta en el



saludar se parece el señor Apodaca á los académicos.

Volvamos al tiro:

«Príncipe, bien venido: te saluda  
Hoy por mi labio la gloriosa España,  
La que *en una y en otra...*»

Vaya, si anda usted así de una en otra, yo no le sigo á usted, señor de Gabriel, porque va á ser cosa de no acabar nunca. Fíjese usted en una desde luego, y si no, verá usted cómo le saludo á usted, no con un labio, sino con los dos y echando mano al sombrero, que es como se debe saludar á la gente, y le dejo á usted solo.

Pero ¡quiá! no le dejo.

«Príncipe, bien venido: te saluda  
Hoy por mi labio la gloriosa España,  
La que en una y en otra *audaz* campaña  
Europa contempló, de asombro muda.»

Naturalmente. ¿Había que concertar con «te saluda»?... Pues... «de asombro muda»; y el que no se quiera asombrar ni quiera enmudecer, que se fastidie.

Ó que siga leyendo el soneto, que viene á ser lo mismo.

Conque lastidiémonos otro poco.

Segundo cuarteto:

«Si la suerte despues *le fué sañuaa...*»

Usted sí que es sañudo más que la suerte, señor mío; usted si que es sañudo con la poesía, y con el príncipe aleman... Porque ese «sañuda» revela una saña literaria increíble.

Vamos á ver lo que pasó despues que la suerte *le fué sañuda*, no se sabe á quién:

«Si la suerte despues *le fué sañuda*  
Y sus laureles triste duelo empañá,  
(*Ya poco á poco se dará usted maña*  
*De propinarle al príncipe una ayuda.*)

Como si lo viera.

«Si la suerte despues *le fué sañuda*  
Y sus laureles triste duelo empañá,  
Luz de esperanza *ya* su *Cielo* baña,  
*Que* un rey digno de serlo *le* da ayuda.»

¿No lo dije que íbamos á tener, es decir, que el beneficiado iba á tener ayuda? Estaba viendo asomar el chisme.

¡Y qué chisme tan inoportuno en un soneto!

Ademas, que aquel cielo del penúltimo verso tampoco es cielo con C grande, sino con c chica, y esos *les* debían ser *las*.

Después, los zarcetos, digo los tercetos,  
son así:

«Nadie apreciar cual tú su gloria puede...»

*Cual tú su:* esto es muy nuevo... y muy feo.

«Nadie apreciar *cual tú su* gloria puede,  
Que vencedor en cien combates fuiste...»

¡Hombre! ¿Y qué tiene que ver... aquello  
con lo otro?

«Que vencedor en cien combates fuiste,  
Fama alcanzando *que á ninguno cede.*  
Y pues á España visitar quisiste...»

Verán ustedes qué consecuencia; porque  
aquí la lógica anda tan *ayudada* por lo menos  
como la poesía:

«Y pues á España visitar quisiste,  
Ella tu mano estrecha agradecida  
Y á su saludo su amistad va unida...»

Nada más. Firma y fecha.

Y ahora que venga el señor don Luis Alfonso,  
el de *La Época*, el que, por agradecimiento  
y por no recuerdo qué más razones del mismo  
calibre, enristró la péñola y escribió unas  
cuantas soserías en defensa de los versos de  
don Leopoldo, el de Valmar, que venga y es-  
cuche:

«Y pues á España visitar quisiste,  
Ella tu mano estrecha agradecida  
Y á su saludo su amistad va unida...»

Esto, que es lo menos malo del soneto, ¿le  
parece á don Luis que es poesía?

Si dice que sí, declaro ahora mismo que  
entiende tanto de gaya ciencia como, según  
dijeron los arquitectos, de arquitectura, y de  
ambas cosas, lo mismo que yo de hacer za-  
patos.

Si yo fuera rey...

¡Dios me libre!... pero, en fin, si yo fuera rey por casualidad... y mayores se han visto... por ejemplo, las que han hecho estadista á Cánovas y héroe á Martínez Campos.

Si yo fuera rey, digo, siquiera por una temporada como algunos, verán ustedes lo primero que haría.

Resueltamente, lo primero, así como hay fruteros, pescaderos y tenderos de ultramarinos que en letras gordas sobre la tienda lucen el título de proveedores de S. M., nombraría proveedora de mi Majestad á *La Ilustracion Española y Americana*.

Proveedora de ripios.

No habrán ustedes olvidado que cuando coleccionábamos los ripios de los aristócratas modernos, hubimos de rozarnos mucho con la referida *Ilustracion*, porque no quedaba un verso de un marques malo (el marques ó el verso ó los dos) que no hubiera publicado ella.

Mas no porque haya publicado muchos versos de condes y marqueses, vayan ustedes á

creer que no publica igualmente versos de simples ciudadanos.

No; el amor y *La Ilustracion Española y Americana* no distinguen de clases.

Lo mismo publica esta *Ilustracion* unos versos de un duque á un pámpano, que de un pámpano á un duque.

La cuestion es que los versos sean malos; que en siendo malos, ya no necesitan más recomendacion para que el susodicho periódico se enamore de ellos, sean de quien fueren, y se los suministre bien impresos, eso sí, bien impresos, á sus lectores.

Tengo á la vista, para prueba, unas quintillas sorprendidas en el último número, mientras mataba anoche el tiempo en la peluquería esperando turno; quintillas que, segun allí mismo se dice, fueron cometidas en un álbum, en el álbum de Sara, y quintillas que, como vulgarmente se dice, dan el opio.

La primera toma dice así:

«Por tus *maneras sencillas...*»

Tambien el verso es bastante sencillo; y aún de sobra.

Porque, ¿le parece á usted, señor don José (el inventor se llama don José Jackson), le parece á usted que eso de las *maneras* es poesía?

Vamos, ¿á que no encuentra usted otras

*maneras* así en verso en todo el Parnaso español, desde Garcilaso hasta Grilo, que es como si dijéramos, hablando de oratoria, de jurisprudencia ó de arte militar, «desde Demóstenes á Salillas», «desde Alonso el Sabio á Alonso Martínez», «desde Alejandro hasta Polavieja»?

¡Vaya, que tiene usted unas *maneras*, hombre!

«Por tus *maneras sencillas*  
Y tu *cándida* ternura,  
Tal al que te admira...»

¡Hombre! ¿*Tal al*? ¿Y quién es ese caballero *Tal al*, que suena tan mal?

Y que además admira las *maneras* de Sara.

No tanto como yo admiro los versos de usted, de seguro.

¿*Tal al*, eh?... ¡*Tal cual*!

«Por tus *maneras sencillas*  
Y tu *cándida* ternura  
*Tal al* que te admira *humillas...*»

¡*Admira humillas... mira humillas... Tal al* que te admira *humillas!*... ¡Cuidado que es duro y feo y malo de pronunciar todo esto!

Nada, que el señor Jackson, estimable persona por otro lado, y aún por todos, menos por el lado de poeta, se conoce que no tiene oído.

¡Vaya si se conoce!

Y lo mejor que podía hacer era no escribir versos en el álbum de Sara, ni en el de Rebeca, ni en el de Raquel, ni en ninguno.

O cuando menos, ya que escribiera versos en algun álbum, que en eso poco ó ningun daño puede haber, que no los trasplantara luego al huerto, digámoslo así, de la *Ilustracion Española*, sino que los dejara en el álbum vivir ó morir en estado agreste ó indígena.

Porque en un álbum, que generalmente no lee nadie más que su dueña y los amigos íntimos de la casa, se puede escribir cualquiera cosa; pero en un periódico que pretende, aunque sin justicia, ser el reflejo de la sabiduría de dos continentes, no se debe escribir sino con mejores *maneras*.

Aunque sean maneras menos sencillas.

Mas todavía falta lo mejor:

«Por tus *maneras* sencillas  
Y tu cándida ternura,  
*Tal al* que te admira *humillas*,  
Que á *tú* y á la Virgen pura  
Hay que *verlas* de rodillas.»

¡A usted sí que hay que *verle* despacio!  
Aunque mejor sería no *verle* escribir versos...  
ni malas concordancias.

¿Conque á *tú* hay que *verlas*? Pero, hombre... ¿ni gramática?...

Diciendo á *tú* y á la *Virgen*, se dice *hay que veros*, y no hay que *verlas*; porque *verá* usted...

Cuando á formar el sujeto de una oracion concurren la primera persona y la segunda, se concierta el verbo con la primera, y cuando concurren la segunda y la tercera, se concierta con la segunda, así como cuando concurren una persona del género masculino y otra del género femenino, se concierta el predicado ó complemento con la del masculino.

Por eso no se dice nunca «tú y yo no *sois* amigos», sino que se dice «tú y yo no *somos* amigos».

Como tampoco se puede decir «tú y Grilo *son* malos poetas», sino «tú y Grilo *sois* malos poetas».

Como tampoco se dice «Juan y Petra *son malas*», sino «*son malos*».

Todo, porque, como dicen los gramáticos, el verbo sigue á la persona más noble, *nobiliorum personam sequitur*, y el predicado tambien sigue al género más noble, y la primera persona es más noble que la segunda, y la segunda más noble que la tercera, y el género masculino más noble que el género femenino.

Esto lo saben, de seguro, los niños más pequeños del colegio de la calle de Olózaga, y hasta Pidal mismo puede que lo sepa. Conque, ¡figúrese usted si parecerá bien que lo ignore ó que no lo practique quien escribe versos en *La Ilustración Española y Americana!*

¡Ah! le aseguro á usted, señor don José, que en mi vida he visto cosa igual. Vamos, que eso de «á tí y á la Virgen hay que verlas», es una cosa que imprime carácter:

«¡Que á tí y á la Virgen pura  
Hay que verlas de rodillas!...»

No, señor; no lo crea usted. Lo que hay que ver es una gramática cualquiera antes de ponerse á escribir. Cualquiera, aunque sea la de Terradillos, que siempre será algo menos mala que la de la Real Academia Española.

Aparte de que no sale la consecuencia de la quintilla, es decir, que no tienen nada que ver esos dos versos con los anteriores. Y aparte de la blasfemia de comparar con la Madre de Dios á una niña, que será preciosa, pero que no es la Madre de Dios. Y aparte de la oscuridad y la anfibología de la construcción, pues no se sabe si quiere usted decir que hay que ponerse de rodillas para ver á Sara y á la Virgen, ó que á Sara y á la Virgen las hay que ver arrodilladas.

¡Vamos, que...

«Que á tí y á la Virgen pura  
Hay que verlas de rodillas...!»  
(*Lo mismo que á tus quintillas.*)

Y el caso es que todavía estamos en la primera, y la segunda no desmerece nada de su hermana.

Ya sale:

«El que á tu semblante asoma...»

Bonita figura para decir el que te ve, el hombre que te ve; pero no es eso.

El que á tu semblante asoma, es decir, el que asoma al semblante de Sara, no es ningun curioso que quiera verla de rodillas, es un *encanto* que se quedó para el verso segundo... Y no es solamente un encanto, es un *más que encanto*, para que la trasposición sea todavía más anti-natural y más violenta.

Porque decir «el que á tu semblante asoma encanto» por «el encanto que á tu semblante asoma», es ciertamente una trasposición como la de

«En una de fregar cayó caldera».

Pero decir «el que á tu semblante asoma más que encanto» es decir una cosa que ni traspuesta ni sin trasponer es tolerable.

Porque tambien estaría mal dicho «el más que encanto que á tu semblante *asoma*».

Nada, que no acierta usted ni por asomos.

Pero ahí va la quintilla entera para que los lectores le juzguen á usted... y le teman.

«El que á tu semblante asoma  
Más...»

¿*Asoma más? ¿mamas?*

«El que á tu semblante asoma  
Más que encanto terrenal,  
Es *el* de *aquella* paloma  
que las turbias aguas *doma*  
Del Diluvio universal...»

¡Hombre, por Dios y por la Virgen pura!  
¡Mire usted que una paloma *domando* las  
aguas!...

¡Vaya, que no sigol...!

Pero dígame usted aquí, á lo último, dos cosas en confianza.

Primera: ¿Quién es el director literario de *La Ilustracion Española y Americana?*

Porque la verdad es que merece ser conocido. No es, no puede ser un cualquiera el que permite que una paloma *dome* las aguas, y que á *tí* y á la Virgen haya que *verlas*.

Un director así... si no es Cañete, merece serlo.

Segunda: Dígame usted la verdad, don José... pues hay quien asegura que es usted persona de talento, y yo estoy deseando poderlo reconocer así; como lo reconoceré en cuanto usted me conteste satisfactoriamente á esta pregunta:

¿Ha escrito usted esas quintillas, así tan malas, porque no sabe escribirlas mejor, ó es que las ha hecho usted malas adrede para pretender una plaza de académico de la Lengua?

Si, como sospecho, es esto último, me declaro vencido.

Y admirador de usted.

Porque si las quintillas están escritas para ese objeto, reconozco que son superiores.

IV

Una noche tuve el disgusto de saber por *La Correspondencia de España, eco imparcial* de todas las sinsustancias y de todas las malas noticias, que el poeta conservador don Antonio Fernández Grilo se había resbalado en la escalera de su casa y se había roto un brazo.

Excusado es decir que lo sentí muchísimo.

No sólo por lo que la noticia decía á la simple vista, es decir, á la vista del redactor que la había perfilado y de la generalidad de los lectores del diario noticiero, sino por lo que yo leí entre renglones.

Lo primero, es claro, la desgracia de Grilo, á quien quiero de veras, sobre todo cuando no escribe versos conservadores ó cortesanos como aquellos alejandrinos con que quiso amargar á la infanta doña Paz el pan de la boda; la desgracia de Grilo, repito, y la imaginacion de los dolores que estaría el pobre padeciendo, me afligieron mucho.



Y para que mi pena fuera redonda, sin ningún género de alivio, *La Correspondencia*, tan amiga otras veces de dar pormenores inútiles, no decía si el brazo roto era el izquierdo ó el derecho.

De modo que ni siquiera cabía la esperanza de que el fracturado no pudiera volver á escribir versos de aquéllos, lo cual no hubiera dejado de ser una compensacion, aunque inadecuada.

Mas ¡ah! lejos de abrigar semejante esperanza, no sé si por aquello de «bien vengas mal si vienes solo», parecía como que me daba el corazon que la fractura del brazo de Grilo había de producir por contragolpe otras fracturas ó luxaciones literarias.

No sé por qué se me figuraba que Grilo iba á dar cualquier día la noticia del desastre en un soneto... que sería otro nuevo desastre.

Y digo que no sé por qué, por decirlo, pues en rigor, bien sé por qué me lo figuraba.

¡Parecía que me lo estaban diciendo al oído!...

Y la verdad es que al oído me lo estaba diciendo Moratin con aquel terceto en que adivinando los gustos de un poeta Grilo, digo, malo de su tiempo, exclama:

«¡Qué bonito ha de estar y qué discreto  
Un soneto al bostezo de Belisa  
Y al resbalon de Inés otro soneto!»

Don Leandro conocía las aficiones de la clase. No le quiero nada porque era muy frances, bastante pagano y poco poeta; pero en este particular hay que hacerle justicia: era literato.

Y... lo que yo me decía para mis adentros: «Quien dice *al resbalon de Inés*, viene á decir al resbalon de Antonio... Tendremos soneto seguramente.»

¡Y le tuvimos!

¡Y le tenemos todavía! Porque la indeclinable *Ilustracion Española y Americana*, siempre oportuna, se ha encargado de recoger y de reproducir el soneto á la quebradura del brazo, para perpétuo *quebradero* de cabeza de las futuras generaciones.

La contusion poética de que se trata, es como sigue.

Se titula... hasta el título es arma contundente... *La primera piedra*.

La que no puede tirar el señor Grilo á ningún mal poeta, segun las evangélicas enseñanzas, porque lejos de estar libre de pecado, los tiene literarios mortales.

Por ejemplo:

## «LA PRIMERA PIEDRA

»A don Jose Güel y Rente  
»En su viaje á la Habana.

## »SONETO

»Por ser en todo igual nuestro destino,  
Cuando tú vuelas á tu hogar remoto...»

Aparte de que el primer verso es un ripio, este *hogar remoto* es bastante duro y bastante difícil de entender de viva voz y no viéndolo escrito; pero en fin...

«Y luchando entre el Piélagos y el Noto  
Lanzas osado tu cantar *divino*...»

No, hombre; lo *divino* aquí es el soneto... y la lanzada.

Adelante con los faroles. Vamos viajando.

«Yo recorriendo el golfo cristalino...»

Sí; de memoria: desde Madrid... ¿O es que el golfo á que usted alude es el mundo? Pero entonces sobraría lo de *cristalino*, debiendo decir en su lugar, turbulento, agitado, etc.; que sólo con estos epítetos se suele figuradamente llamar al mundo *golfo*. Porque llamar á este mundo tan malo golfo cristalino, me parece que no se le había ocurrido hasta ahora á ningún poeta de menor cuantía, ni creo que á ningún académico.

En fin... cristalino. Teniendo en cuenta que usted tenía que concertar con *divino*, pase lo del golfo *cristalino*, y sigamos.

«Yo recorriendo el golfo cristalino,  
Mientras el llanto y la paciencia agoto...»

Este verso todo él es un ripio, un ripio como otro cualquiera, acabado en *oto*, pues maldita la falta que hacía para el sentido de la oración; pero además, eso del llanto está muy feo. ¡Vaya! ¡Un hombre con más barbas que Nicolason, y llorar porque se le rompe un brazo! ¡Que no se diga!...

«Yo recorriendo el golfo cristalino,  
Mientras el llanto y la paciencia agoto,  
También navego con mi brazo roto...»

¡Ya pareció aquello! El brazo roto. Para decir eso solo ha escrito usted el soneto, ¿no es verdad?

¿Y un brazo roto, y roto prosáicamente, rodando por una escalera, cree usted que merece un soneto?

Pues, hombre, si por tan poca cosa hace usted un soneto, aunque sea malo, póngase usted en el caso de que el brazo se le hubieran á usted roto de un mandoble, ó de un balazo, ó con un casco de granada, en guerra justa,

por una causa santa y... hubiera tenido usted que hacer una Iliada cuando menos.

O una *Griliada*, que así sería razon que se llamase.

«Tambien navego con mi brazo roto,  
*Fingiéndome seguirte en tu camino.»*

Otro ripio acabado en *ino*.

«Dejas nido y amor, paz y contento...»

Por poco podía usted haber dicho *paz y concordia*, y hubiéramos podido añadir: entre los príncipes cristianos. Y eso que ahora ya casi no los hay.

«Dejáis nido y amor, paz y contento,  
Porque tu hermano convencerse pueda...»

¡Hombre! ¡Qué sencillo y qué familiar!  
«Porque tu hermano convencerse pueda...»  
«O porque pueda convencerse tu hermano...»  
¡Esto es lo que se llama poesía! ¡Por Dios, Antonio, por Dios! Que no se diga que ese verso tan prosáico es del autor de *La Noche Buena*.

¡Porque tu hermano convencerse pueda!

¿Pero tan incrédulo y tan difícil de convencer es el tal hermano? Porque los demas todos estamos ya convencidos... de que escribe usted malísimamente.

«Dejas nido y amor...»

Supongo que este *nido* no será el director de *El Siglo*, el único y exclusivo admirador del general Martínez Campos; porque, entonces, además de escribirlo con N mayúscula, debía usted de decir: «Dejas á Nido...» Es verdad que como casi nunca dice usted lo que debe...

«Dejas nido y amor, paz y contento,  
Porque tu hermano convencerse pueda  
De que *arrostras* por él vida y *aliento*.»

¿*Arrostras... aliento?*... Esto quiere decir que ó no sabe usted lo que es aliento ó no sabe usted lo que es *arrostrar*, ó no sabe usted, y esto es lo más probable, lo que es ninguna de las dos cosas...

¡Mire usted que arrostrar la vida y el aliento! ¡Vaya una gracia! Lo sería en hora buena el *arrostrar* la muerte, el peligro, la fatiga, la miseria, las penalidades. Y esto es lo que usted habrá oído decir y aún habrá leído alguna vez. ¿Pero la vida y el aliento?... Eso cualquiera lo canta... y lo arrostra...

Hubiera usted dicho arriesgar, y no estaría tan mal por parte de la vida, aunque lo del aliento tampoco pegaba.

Nada; que le repito á usted lo mismo que he dicho al señor de Gabriel y al señor de Jackson, y á tantos otros co-emborradores literarios de *La Ilustracion Española*; es á saber:

que para escribir, *aunque sea en verso*, se necesita conocer la lengua.

Arrostremos... y fíjese usted para que aprenda á usar el verbo arrostrar. Arrostremos el terceto final, que dice:

«Sólo tu hermano en júbilo me exceda  
Cuando al inaugurar *tu monumento*  
Te abrace con el brazo que me queda.»

¡Vuelta la burra al trigo! ¡Otra vez lo del brazo!

¿Parecíale á usted que no bastaba con haberlo dicho en el sétimo verso, y nos lo encaja usted de nuevo en el catorce?

Pues uno y otro estaban de más y todo el soneto, porque sobraba con la noticia de *La Correspondencia*.

Y ahora falta advertir que en aquello del *tu monumento*, que los lectores de seguro no habrán entendido, hay una llamada, á la cual corresponde abajo una nota que dice: «*La nueva Universidad de la Habana*.»

De modo y manera que áun siendo el soneto tan malo como es, y tan prosáico, y descendiendo á familiaridades como aquella de

«Porque tu hermano convencerse pueda»,

todavía no le ha sido posible al autor prescindir de ponerle notas explicativas, y ha te-

nido que suspender al cantar por un momento para decir rezando lo de *la nueva Universidad de la Habana*.

Pues mire usted, amigo don Antonio, para eso mejor era que le hubiera usted puesto al soneto un estrambote.

Al cabo, sobre ser estrambótico...

Y en último caso, me parece mejor, sólo en último caso, el sistema de don Fernando de Gabriel y todo lo demás, que es el de decirlo todo en el título, sistema ya anteriormente empleado por *El Tiempo* en sus artículos, con muy buen resultado. Es decir, con el resultado económico de que nadie leyera más que el título.

Así, por ejemplo, si usted al empezar el soneto diciendo «*La primera piedra.—A don José Güel y Renté en su viaje á la Habana*», hubiera añadido á *inaugurar las obras de la nueva Universidad, para convencer á su hermano* de que *arrostra*, etc., se hubiera usted podido ahorrar la nota.

Y el soneto y todo.

Conque adiós, señor Grilo; y muchísimo me alegraré de que no se vuelva usted á romper ningún brazo.